

UNA EPIFANÍA

Resulta paradójico que, en una existencia jalada de problemas, reales o contruados por alguna necesidad inexplicable, padezcamos ceguera para los misterios. Todos nuestros esfuerzos se agotan en la búsqueda de respuestas y decisiones óptimas frente a las contingencias del día a día, pero olvidamos nuestra peregrinación de fondo, inmersos en un modo de vivir que no vivimos, entre realidades que exigen una sensibilidad más allá de la percepción. No es necesario invocar las grandes preguntas, las que nos abruma con su trascendencia, sino asimilar nuestro entorno e integrarlo en nuestra humanidad. Heidegger bautizó esta integración como *Zuhandensein*, “estar-a-la-mano”. Es así como el ser humano (o *Dasein*, si continuamos con la terminología heideggeriana) se relaciona con el mundo que le rodea o, más bien, con el mundo del que

forma parte inalienable. Pero estas verdades, estos misterios que buscan comprensión y no solución, se nos revelan cuando se rebelan desde los planos profundos de la conciencia adormecida. Como no existe mayor revulsivo que el lenguaje poético, que se contempla a sí mismo con cierto deleite, ignorante de sus limitaciones, he recibido *En los estantes* de Javier Gilabert como una auténtica epifanía.

Uno de los mayores aciertos de la obra es la elección de la voz autoral. No son

escasos los ejemplos de esa poesía que fluye a través de una voz que, en su intensidad, empuja a tropicones al lector con el objetivo de salvar la discontinuidad propia de la transición entre poemas. Lejos de este artificio, la energía que emana de la voz de Javier Gilabert deja a un lado la fuerza para actuar como una luz que se nutre de los contrastes y matiza los contornos de cada estampa para implicar al lector en la fundación de la continuidad.

La lógica destierra los términos contradictorios en silogismos bien lejanos entre sí o los condena a la negación. Sin embargo, pocas distancias y ninguna negación tienen cabida en los límites del lenguaje y en la precariedad del espacio y el tiempo. Es precisamente ahí, donde habita la poesía, el único lugar donde la luz que ilumina estos estantes se desviste de fotones y ondas y abraza una

naturaleza orgánica en la que la mera suma de sus componentes no aporta una explicación satisfactoria del comportamiento global. Cada poema de *En los estantes* nos colma de placer estético en su lectura, mas es el conjunto del poemario el que dota de sentido a cada uno de sus engranajes y permite su apreciación como una totalidad de gran valor.

Como cualquier manifestación cultural, la literatura no puede escapar de los paradigmas, y



En los estantes. Esdrújula Ediciones, colección Diástoles.



Presentación del poemario en la sala Val del Omar de la Biblioteca de Andalucía, el 7 de febrero de 2019. De izquierda a derecha: Víctor Miguel Gallardo (editor de *Esrújula*), Javier Gilabert (autor) y Juan Carlos Friebe (poeta). Fotografía Josep M. Maya.

uno de los más actuales y trillados es la crítica a la narratividad en la poesía. Muchos poemas (y poemarios, sus jerarquías inmediatamente superiores) son acusados de narrativos, algo que podría convertirse en una virtud en las manos apropiadas. El debate es una falacia, ya que todo es narrativo o susceptible de ser narrado. Incluso el *totum revolutum* que denominamos “identidad” puede ser desglosado en experiencias que esbozan lo que somos o nos han dejado ser. La identidad de Javier Gilabert se insinúa en cada verso sin caer en el narcisismo exhibicionista, con una delicadeza que sugiere al lector una nueva forma de aproximarse a lo cotidiano. No hay detalle demasiado pequeño, pues todo se presta a ser percibido como la primera vez, redescubierto por la mirada penetrante de quien aplaca su memoria y se

atreve a regresar al desván de la inocencia.

No le falta generosidad al autor cuando nos lleva de la mano a través de sus recuerdos mientras evita engalanar sus estrofas de una trascendencia impostada, la obligación de comulgar con la sofistería de quien procura ganar acólitos y no lectores. La trascendencia de *En los estantes* es horizontal, no vertical; no expone la vivencia desde la individualidad, sino desde la experiencia compartida que permite al lector actualizarla desde su propia subjetividad.

Aconsejo al lector que olvide cualquier prejuicio al que le haya encadenado la rutina. Es momento de que complete con su razón y sus pasiones, con sus singularidades, lo que falta en los estantes.

ALEJANDRO GONZÁLEZ MEDINA